CUENTAS PENDIENTES

Francisco Miguel Cubero Lorón

Capítulo 1

Cuentas pendientes.

Venga, madre, póngase en esta parte, junto a la ventana, ahora que está dando el solecico, y me va cosiendo estos paños que le dejo aquí. No..., no..., no busque el brasero que hasta la tarde no lo voy a encender. Junto a la ventana no le hará falta nada más, que se está muy bien y no gastamos leña, que el invierno es muy largo y luego, estoy sola para ir a buscar la leña hasta el monte, y partirla. Qué bien nos vendría que aún viviera padre, que nos hacía todas esas cosas, porque la verdad es que con este frío, se le quedan a una los huesos como ateridos.

Por favor, no se me vaya a poner triste por lo que le he dicho de padre que, ahora, todo es echarle en falta pero cuando vivía, no paraba de incordiarle y eso que el hombre era un bendito. No digo que no tuviera su genio, como todos, pero usted es que nunca estaba contenta con nada de lo que él hacía. Y siempre recordándole qué más cosas hacían los maridos de las demás, porque no sabía verlo parado junto al fuego, cuando volvía después de haber estado todo el día achuchando a los bueyes para que tiraran del arado y abrirle las tripas a la tierra para que nos diera sólo un poco, a los meses. Eso, cuando nos daba.

Que en esta casa, siempre se hizo su santa voluntad y todos, a callar para que no se enfadara usted porque siempre estaba de mal humor, cansada y con ese reuma que la ha estado acompañando toda la vida, y la convirtió en vieja antes de tiempo.

Sí..., sí..., madre, así está muy bien el cosido. ¿Ve cómo se está bien aquí, con este solecico calentándole el cuerpo? Mire por la ventana los carámbanos que tiene la torre de la iglesia, que algún día se va a soltar alguno y si no mata a nadie, ni mal ni bien. Mosén Cosme, hace mucho tiempo ya que dejó de estar como para romperlos con un palo, agarrado a la campana, como lo hacía antes. Y los mozos, que se nos han ido todos a Alemania y a ésos países para mandar algún dinero a sus casas, pues que si estuvieran ellos aquí, darían otra vida al pueblo, y tirarían los carámbanos a pedradas, como jugando y para que las mozas vieran sus habilidades.

Un hombre en casa..., cuánto lo echo de menos. Y no es sólo por dormir acompañada en estas noches frías, y tan largas, de los inviernos que no parecen tener fin. No sólo por eso, madre, sino para sentir su fuerza y que nos pudiera defender ahora del aprovechado del Jacinto "Moratas", que cada surco que va abriendo al arar sus tierras, las que están junto a las nuestras en "Valdeantón", él se va llevando una parte de nuestra tierra. Pero ya, una, no tiene fuerza para andar en peleas por otro poco más de tierra que nos roba, ni tenemos dinero para pleitos y abogados, ni siquiera

para que en el Registro figure como que son de nuestra propiedad, porque lo son, aunque no esté escrito. Abuelo, ya le decía a padre que mejor que estuviera todo en regla, pero costaba dinero el inscribirlas y así se quedaron, una tierra de nadie que el "Moratas" acabará comiéndosela poco a poco. Si en vez de tener enfrente a dos mujeres viejas, tuviera a un hombre, seguro que no habría sido tan osado de meterse en nuestra tierra, con o sin escrituras.

¿Qué quiere ahora...? Jolín madre, qué rápida va cosiendo, si ya no sé qué darle para entretenerla, ojalá supiera usted hacer más cosas que coser o expurgar lentejas. Mire, le descoso todo este trozo que ha cosido y, ahora quiero que me lo haga a festón, así se entretendrá más rato. Vale, y no me mire así, con esa mirada de vidrio rozado y lloroso porque le descosa todo lo que ha hecho, si lo va a hacer mejor esta segunda vez, que le quedará más primoroso, ya lo verá. Si viviera la Venancia, paz descanse, se pasaría algún rato a hacerle compañía como hasta el año pasado y con sólo un brasero, se calentarían las dos para jugar a la brisca hasta que se hiciera de noche, mientras yo podría salir al huerto, o a limpiar la cuadra de la cochina ahora que tiene a toda la camada a su alrededor, para que no me cojan infecciones ni cagaleras que me los mate, siendo que están a tan buen precio los lechones.

Si tuviéramos un hombre en casa, todo sería distinto. Pero no, usted nunca quiso que yo tuviera mi derecho a tenerlo, ninguno le parecía bien porque lo que quiso era que me quedara soltera y les pudiera cuidar a usted y a padre, cuando fueran viejos. Y mire a Ramón, que me pretendió, y al final se tuvo que casar con María, la de la noria de allá abajo, porque usted no decía más que que le parecía poco para mí. Pero entró a trabajar en aquella fábrica de embutidos, y bien que se supo ganar la vida. Y María, sí, la de la noria, la que usted decía que no se hacía a valer con los mozos, le dio tres hijos varones y, éstos, ocho nietos.

Y yo, con mi vientre sin estrenar, estéril ya, ni tengo marido, ni hijos, ni nietos, todo por su egoísmo de tener a alguien que les cuidara. Mis dos hermanos, como eran hombres, sí pudieron hacer de su capa un sayo, marcharse a la capital y tener una vida plena, lejos de este pueblo olvidado de la mano de Dios, que sólo se acuerda de nosotros para que no nos falte invierno.

Y no sé lo que son los besos de un hombre, ni sus abrazos, ni su peso encima de una cuando quieren hacer contigo esas cosas feas que no se pueden decir, porque cuando yo era joven, todo era decirme que no dejara que los chicos me tocaran, que me hiciera respetar, que ellos sólo van a reírse de una. Pero, a una, le hubiera gustado saber a qué saben esas risas. Sólo digo eso. ¿Y sabe qué? Que aunque el cura, D. Cosme, nos decía en el catecismo que no teníamos que tocarnos porque era pecado, pues que sepa, que sí, que yo me tocaba, comenzando con una

caricia como sin querer, pero sabía que luego me haría más caricias, y más... hasta que mi cuerpo se rompía de gozo. Y tras cada gozo, un remordimiento que me carcomía por dentro, imaginando que era yo la única que pecaba a pesar de todas las advertencias de mosén Cosme y de usted, y que a las demás nunca se les ocurría hacerse esas cosas. Y vivía mucho tiempo con ese pecado mortal en mi conciencia sin atreverme a confesarlo, hasta que a puro de sonsacarme con un susurro de confesionario,"*¿Te tocas, Aurelita?*", yo acababa diciéndole que sí, casi sin que se me oyera en el silencio de nuestra iglesia que siempre estaba fría, y D. Cosme que insistía con "*¿Y cómo te tocas, Aurelita?, cuéntale a Dios todo lo que haces para que vea Él que estás arrepentida*". Y yo, contándole todo con una gran vergüenza, poco a poco, para liberar a mi conciencia del pecado mortal, y dejar sitio para la siguiente vez, refugiada en el calor raquítico de mi cama en el desván. Qué distintos los goces en el calor de la siesta en verano, madre, hechos en silencio para que ustedes no me oyeran.

¿Por qué no me dejó tener un novio como las demás? Yo, les habría cuidado igualmente, aunque hubiera emigrado como casi todas. Yo, me los habría llevado a Barcelona, o a Madrid, o a Bilbao, que no hubiera consentido que se hubieran ido marchitando en este pueblo, dejándoles morir de tristeza. Eso, no.

Manolo, el de la señora Atanasia, la de la vaquería, también quiso que fuera su novia. Ya sé que nunca gozó de muy buena salud, con esa tos que nunca se le iba porque decían los médicos que su enfermedad era que tenía que comer más carne y que lo llevaran a algún sanatorio de montaña. Pero era muy guapo. Y mire, con el tiempo, cuando lo llevaron al sanatorio de Guadarrama, pagado por el arzobispado, se curó y se puso de novio con una de Alcamar de Campos, que siempre le había dicho que sí a pesar de la tos. Qué lástima que no vivió muchos años, porque le rebrotó la tos y acabó con él. Pero la de Alcamar, se quedó con la paga de viuda de ferroviario y los cuatro hijos que tuvieron mientras él vivió. Y las muchas veces que lo tendría encima, y que yo le habría dejado todas las veces que él hubiera querido, de guapo que era.

Sí, ahora, llorando se arregla todo ¿verdad? Venga madre, no me lo tenga en cuenta, es sólo que a veces una no sabe cómo desahogarse del vacío de esta vida. Tampoco sé porqué llora ahora, si es por lo que yo le cuento, o porque se acuerda de algo que no sabe decírmelo. Ya sé que lo pasado..., pasado está y que no se puede volver atrás. Pero esta rabia...

Pero todas las demás, tienen algo, una familia, que aunque no sea más que por costumbre, tendrán el retrato de alguien sobre la cómoda, para recordar quienes fueron los que les precedieron, cuando estos hayan muerto. ¿Pero yo...? ¿Quién se acordará de mí cuando yo muera? ¿Y quién

me cuidará, hasta entonces?

Porque con las 700 pesetas de su paga, vamos malviviendo, pero cuando usted muera... ¿de qué viviré yo, si sólo he dedicado mi vida a ustedes dos? Tendré que venderme las tierras, que también son de mis hermanos y de mis cuñadas que esperan su parte en cuanto usted se muera, que ni esperarán a que se enfríe su cuerpo, ya lo verá; y venderme la casa para pagar en la Casa del Amparo, lo que pueda darles si tienen sitio para mí.

Muy bien madre, le está saliendo muy bien este festón. ¿Se acuerda de hacer ojales? Antes, los hacía muy bien cuando nos hacía ropa para nosotros, con las camisas viejas de padre. Podría probar a hacer, por esta parte, unos cuantos ojales con el punto, así, apretadico pero sin tirar mucho para que no le quede fruncido. Parece que se está quedando..., un poco fría la noto ¿no? Mejor, le pongo la toquilla negra por encima de esta otra, que algo más le abrigará. El sol, hoy no parece que caliente tanto junto a la ventana, será por este viento que se ha levantado que arrastra esas nubes que lo tapan y destapan, a cada poco. No, madre, todavía no puedo poner el brasero. Y no puede ser que tenga los pies fríos, si lleva tres pares de calcetines de lana, pero las viejas siempre tienen frío. Yo sé que me estoy haciendo vieja, por eso, por el frío de mis pies. Le voy a preparar un caldo, mientras va haciendo los ojales que le he dicho, que le sentará bien.

¿Qué tal marido fue padre? Yo lo recuerdo siempre protector conmigo cuando me defendía de usted, de su manía a mandarme hacer labores, mi ajuar ése que nunca estrené y, yo, lo que quería era leer los libros que nos dejaba Dña. Concepción, la maestra, aquellos cuentos de princesas y príncipes que en nada se parecían a lo que vivíamos en casa, ni en el pueblo. Pero cuando me los leía, me trasladaba hasta aquellos palacios donde nunca nombraban que hiciera frío, ni tuvieran hambre y, el príncipe, estaba enamorado de la princesa que siempre era la más bella, y se lo hacía saber a través de cartas con muy hermosas palabras.

Madre... ¿gozó usted con mi padre? Es que nunca me los he imaginado de esa manera, y sigo sin poder imaginármelos, como si no pudiera ser que en ustedes hubiera habido otra vida aparte de la que todos veíamos. Pero dormían cada día juntos y pienso muy a menudo, que además de hacerlo para que nosotros pudiéramos nacer un día..., que lo harían otras veces ¿no?

¿Por qué niega con la cabeza y cierra los ojos como si no quisiera oírme? Todos dicen que usted no entiende, que la memoria la perdió junto con la capacidad de comprender lo que ocurre a su alrededor, pero yo creo que no, que usted entiende más de lo que creemos, que ahora sabe de qué le estoy hablando pero que no quiere oírlo. Ya sé que no puede contestarme,

pero que podría decir sí, o no, con la cabeza, aunque sólo fuera.

¿Y este olor...? No me diga, madre, que se ha hecho todo encima ahora mismo, y sin avisarme de que tenía ganas. A ver cómo está por dentro..., déjeme que la mire porque esto me suena que lo ha hecho a idea, para castigarme por las cosas que le estoy diciendo. A ver qué tenemos aquí...

¡Madre mía, pero si está por todo...! Ande..., ande..., ande, que ya le vale lo mala persona que es, cuando quiere. Ya me puedo arremangar otra vez, porque esto no tiene nombre, que ahora estaba bien despierta, no como cuando le pasa estando dormida. No se mueva de ahí, que voy a poner a calentar agua en el fuego para lavarla, ¡marrana!, que eso es lo que es, aunque me esté mal el decirlo. Ya no sé, ni lo que me digo, ¡marrana..., más que marrana!

¿Ve?, ahora soy yo la que está llorando, porque está disfrutando con todo esto para tenerme aquí, acogotada cuidándola porque cree que ese es el papel que me corresponde. ¿Y mis hermanos? ¿Por qué no pueden ellos hacerse cargo de usted, tanto que sólo piensa en ellos? ¿No son tan buenos hijos cuando la vienen a ver en verano, el mes de sus vacaciones? Pues que vengan ahora para estas cosas..., ¡y no se toque, por Dios!, déjeme hacerlo a mí. Dios, cómo se ha puesto y, encima, le veo en la mirada que me está diciendo "*¡jódete, mala hija, porque me dices todas esas cosas que no me gustan!*", cuando es lo único que puedo hacer para desahogarme. ¿Está fría el agua? Pues tenga un poco de paciencia, como la tengo yo al limpiarla cada vez que se le escapa tanta porquería, que usted sólo aguanta un poco de ese frío pero yo, tengo que soportar este olor de mugre vieja, como se me pondrá a mí dentro de poco, porque me estoy envejeciendo y muriendo lentamente en este pueblo en medio de la nada.

Y luego... ¡hala!, coge toda esta ropa y lávala en la pila de agua del corral, con este frío que se hace insoportable, y limpia toda esta mierda que es como nuestra misma vida. Y usted se quedará aquí, junto a la ventana, mientras yo hago todo lo demás. Una esclava soy, eso es en lo que convirtió mi vida, programándolo así desde que fui pequeña, para que no les faltara de nada en su vejez.

Y me miro otra vez este vientre mío que nunca ha albergado vida, con el gozo previo que no he conocido, con los dolores del parto que te hacen madre, porque su egoísmo para conmigo así me lo impidieron. Y estos pechos que nunca se llenaron de leche para criar a los que pudieron ser mis hijos y que, usted, disfrazándolo de sextos mandamientos que no me debía de saltar con los mozos que acudían a mí cuando sentían mi cuerpo en celo cada mes, iba tejiendo el seguro para la vejez de padre y usted.

¿Quién me devolverá lo que usted me robó, mi infancia, mi juventud, mi carne que ya está seca, mis noches sin frío, sin miedos, y la sangre inútil

que sin esperanza se me vaciaba cada mes, esperando en vano una semilla envuelta en placer y calor, que nunca me llegó?

No llore madre, por favor, que sólo es hablar por no callar, que es este maldito frío que se me mete en el cuerpo cuando salgo al corral para cualquier cosa, y tengo que romper el hielo cuando lavo sus calzones, y sus compresas desgastadas de frotar cada día con el jabón que me descama la piel de mis manos. Con ellas, ya no sentiría las caricias en la piel recia de un hombre que me quisiera. Todas, hablan mal de sus maridos pero, al menos, los han tenido y no se han perdido los días buenos, ni las noches de abrazos. No llore madre, que ya no tiene solución. Y yo la cuidaré igualmente para que no le falte de nada mientras yo pueda valerme, pero esta soledad..., esta soledad, y el frío. Sobre todo, el frío.

No crea que sólo siento rencor y rabia dentro de mí, no, que también me acuerdo de cuando nos traía aquellas ciruelas tan dulces, cuando volvía de estar segando todo el día en las horas de calor del verano, y salíamos corriendo a buscarla, porque esperábamos que el tío Damián le hubiera dado unas pocas del ciruelo de su huerto para nosotros sus sobrinos porque, él, pobre, no tenía hijos ni nunca los tuvo, así que las guardaba para nosotros. Usted quería mucho a su hermano Damián, ¿verdad? Bueno, pues estos, son buenos recuerdos de cuando éramos pequeños. O cuando Pedrito estuvo con aquellas fiebres tan altas, que le duraron tantos días, y se mantuvo usted día y noche junto a su cama, cambiándole cada poco los paños mojados aquéllos, porque no tenían dinero para comprar las medicinas que el médico, D. Alfonso, les dijo que Pedrito necesitaba.

Y pudo poco, o pudo mucho usted, pero Pedrito se curó gracias a sus cuidados y no sé si también, a todos los rosarios que usted y las vecinas rezaban todas las siestas, cuando se empeoraba. Supongo que Dios o la Virgen, por no oírlas, prefirieron que viviera y saliera adelante. No, no me río de los rosarios, no, pero para Andrés y yo, que las oíamos desde el desván, jugando en silencio, era un sonsonete de mal agüero, que nos compungía.

Ya sé que se acuerda ahora de todo aquello..., ¿verdad? Cómo le ha cambiado la mirada al nombrárselo, y hasta tiene una sonrisa dibujada en la cara. Yo no digo que fuera mala madre, no, sobre todo con Pedrito y Andrés pero, conmigo..., nunca estuvo contenta. ¿Por qué, madre..., por qué, si sólo era una niña? ¿O era por eso, por ser una niña? Ellos, llegaban de la escuela y se podían poner a estudiar la tabla de multiplicar o hacer los deberes, para luego irse a la plaza, a jugar. Pero... ¿y, yo...? Yo era como una prolongación de usted, una ayuda en todas las cosas que había que hacer en la casa, ir a buscar agua, limpiar a los animales, arrancar hierbas entre los trigos porque les comían la sustancia, fregar los platos, barrer el suelo de tierra con aquellas escobas de hierbajos que ni

mango tenían, como hechas a mala hostia, o porque les daba igual si se tenía que poner agachada la que la usaba..., qué sé yo. Bueno, luego, después de cenar, sí que podía ponerme a aprender la tabla, aunque no fuera necesario el sabérmela, que me decía.

No, no era mala madre. Sería..., que los tiempos aquellos eran así.

Ahora que estamos las dos solas, bueno, lo de "ahora", es un decir, quería preguntarle, es que me ha venido a la cabeza, por aquél que era tan amigo de padre, sí, Anselmo, ya sabe quién le digo ¿no?, aquél que siempre venía después de comer, cuando padre no estaba, y que le traía paquetes con comida que compraba en algún pueblo grande de esos que tienen muchas tiendas, porque era trajinero y viajaba bastante ¿se acuerda? Sí, ya veo que se acuerda, porque otra vez está moviendo la cabeza para los lados y cierra los ojos, como cada vez que no quiere que le cuente algo.

Es que, entonces, nosotros lo veíamos muy simpático y amable con nosotros, porque nos daba una perragorda a cada uno, para que fuéramos a comprarnos alguna cosa a la casa del señor Fernando, el que vendía aquellas sardinas de cubo, algunos embutidos y caramelos, y decía que nos daba fiesta hasta las seis, para que jugáramos en la era, en vez de echarnos la siesta que tanto odiábamos. ¡Una perragorda a cada uno, y sin tener que echarnos la siesta! ¿Cómo no nos iba a caer bien?

Pero Anselmo, ha estado en mi cabeza todos estos años y nunca le he sacado este tema porque padre vivía y me daba miedo lo que me pudiera contar sobre esto. Dígame la verdad, madre... ¿por qué nos mandaba siempre que nos fuéramos esas horas a jugar, y se quedaban solos los dos en casa?

Ya sé que Anselmo era muy amigo de padre, que era muy simpático y tenía la mejor casa de este pueblo que se está cayendo a pedazos, su casa y al pueblo entero, me refiero, porque se ganaba entonces muy bien la vida, según decían las mujeres cuando se juntaban, dedicado al trato de ganado y a transportar grano con su carro por todos los pueblos. Luego, con el tiempo, se compró la camioneta aquella con la que acabaría matándose un día. Pero, hasta que se mató... ¿qué fue Anselmo para usted? ¿Sólo un amigo de padre, que venía a verla porque nos quería mucho?

No me mire con esa cara, no, esa cara de odio porque no la estoy acusando de nada, solo que es una pregunta que me vengo haciendo desde hace casi 60 años y es como una carcoma que me ha ido radiendo por dentro, y pienso en padre..., y no lo puedo sufrir porque padre era muy bueno.

¿Qué fue Anselmo, madre? Dígamelo ahora, antes de que se me muera usted y me lleve a mi tumba esta duda que me ha alejado de mi propia madre, sí, de usted y a lo mejor, sin motivo. ¿Porqué hace como que chilla, si no le puede salir ningún sonido por su garganta como de pergamino reseco? ¿Quién fue Anselmo, madre, dígamelo ahora, hoy que me he atrevido por fin, a preguntárselo?

No, no, no madre, no se ponga así, no estruje las telas con esa fuerza que se va a clavar la aguja, con lo bien que estaba haciendo esa labor, mujer, si yo no le he dicho nada pero, compréndalo, era mi padre y usted, con su mejor amigo..., aunque fuera un hombre atractivo que decían todas, pues no estaba bien eso, y en nuestra casa, cuando padre no estaba... ¿por qué, madre..., por qué?

¡Madre..., madre...!, ¿qué le pasa? ¿qué se nota?, a ver... ¡míreme, por favor, si yo no quería hacerle daño, era sólo esa duda vieja que se me estaba pudriendo por dentro... míreme! ¡Ay... Dios... vuelva en sí, por favor, vuelva..., que me deja sola...!

¡¡¡María..., María...!!!, ¡¡¡Antonia..., Antonia...!!!, venid, por favor, venid, que mi madre se me ha muerto..., venid... por favor, que se me ha muerto mi madre...

F I N